

Botánica

Los nombres científicos de las plantas (I)

Téc. Jard. Eloísa FIGUEREDO

Quizás, al acercarse por primera vez a los libros de botánica y jardinería, muchos se han sentido intimidados por los nombres científicos de las plantas. En este artículo se explicará brevemente por qué usamos nombres en latín para nombrar las especies vegetales.

¿Para qué necesitamos los nombres científicos?

Dado un universo reducido de plantas bien conocidas por un grupo de personas que hablan un mismo idioma, los nombres científicos resultan superfluos. Así, nunca le preguntaríamos a un feriante de Montevideo a cuánto está la *Lactuca sativa*. Preguntaremos por las lechugas, sin necesidad de abandonar el español. *Lechuga* es un nombre popular, mientras que *Lactuca sativa* es un nombre científico. Pero, ¿por qué usamos los nombres científicos fuera del ámbito científico?, ¿por qué, ni bien abrimos un libro de jardinería o recorremos un vivero, aparecen los nombres en latín?



*Schinus molle*¹

Los nombres populares —o nombres comunes— varían según el grupo de hablantes. Así, la especie *Schinus molle* se conocerá como anacahuita, aguaribay, molle o falso pimentero en diferentes regiones geográficas de países hispanoablantes. Los angloparlantes podrán llamarla *false pepper* o *Peruvian pepper*, en catalán recibirá el nombre de *fals pebrer* o *pebrer bord* y en portugués la llamarán *pimenteira-bastarda* o *aroeira-mansa* o *aroeira-salso*. Con esta diversidad de nombres populares asignados a una misma especie, la confusión está asegurada.



Sucede además que, en ocasiones, un mismo nombre popular se emplea para designar especies diferentes. Así, el nombre *jazmín* se usa para nombrar plantas muy distintas cuyo único elemento común suele ser —aunque no lo es en todos los casos— el de tener flores fragantes. Los *pastos*, por su parte, abarcan buena parte de las especies de la familia de las Gramíneas (alrededor de 10 000 especies) mientras que las plantas que comúnmente llamamos *tunas* suponen casi todas las especies de las Cactáceas (unas 1 400) y algunas de otras familias que se les parecen.

La variedad puede llevarnos a creer que hablamos de lo mismo cuando hablamos de plantas distintas y viceversa. Así, si queremos referirnos a una especie en particular sin dar lugar a equívocos, no nos queda otro remedio que usar un nombre científico que, por convención, es un nombre en latín.

¿Por qué el latín?

Dada la diversidad de las lenguas que se hablaban en Europa, durante la Edad Media y hasta el siglo XIX, el idioma común de lo que podríamos llamar *protociencia* era el latín, heredado del imperio Romano. Aunque en la actualidad el inglés se ha transformado en la lengua de las ciencias, el latín sigue sirviendo bien como lengua común para dar nombre a los organismos vivos. Es un idioma *quieto*, que no está sujeto a los cambios que experimenta un idioma vivo (cambios a lo largo del tiempo y a lo ancho de las regiones geográficas).

¿Qué hay en un nombre científico?

El botánico sueco Carl Linnaeus (Carlos Linneo) popularizó la nomenclatura binominal, una forma de nombrar las especies de plantas (y de animales) con un sustantivo en latín acompañado de un solo adjetivo. Hasta ese momento, la forma de referirse a una planta en la bibliografía erudita era a través de largas descripciones que buscaban contribuir a la identificación agregando características que le eran propias y la diferenciaban de otras plantas similares. El tomate, que hoy conocemos como *Solanum lycopersicum* podía aparecer en un libro como «*Solanum caule inerme herbaceo, foliis pinnatis incis, racemis simplicibus*».

Linneo redujo la descripción a un solo adjetivo. No fue el primero ni el único, pero la amplia difusión de sus trabajos contribuyó a que se adoptara ese sistema.

Los nombres científicos actuales, desde entonces, se componen de dos partes principales: el nombre del género y el epíteto específico. Nombre del género y epíteto funcionan juntos; así, para nombrar la especie necesitamos referir tanto el nombre del género como el epíteto ya que, con excepciones, existen varias especies de un mismo género. *Schinus molle* (la anacahuita), *S. lentiscifolia* (el molle ceniciento o carobá), *S. longifolia* (el molle rastrero) son algunas de las que integran la flora indígena de nuestro país. *Schinus areira* y *Schinus terebinthifolia*, por su parte, se cultivan como árboles ornamentales pero no crecen naturalmente en Uruguay.

A las dos partes descritas se agrega la abreviatura del apellido del autor, esto es, del científico que le puso el nombre a la especie. Así, en *Schinus molle* L., *Schinus* corresponde al nombre del género, *molle* al epíteto específico y L. es la inicial del autor del nombre: Carl Linnaeus.

Schinus molle L.

↑ ↑ ↑

NOMBRE DEL GÉNERO EPÍTETO ESPECÍFICO ABREVIATURA DEL AUTOR DEL NOMBRE

Los nombres científicos se escriben en letra cursiva —con excepción de la abreviatura del apellido del autor—. El nombre del género (un sustantivo) se escribe con mayúscula inicial y el epíteto específico (un adjetivo) se escribe con inicial minúscula.

Como se vio, llamamos *nombre común* al nombre popular de las plantas. Sin embargo, son los nombres científicos los que verdaderamente podemos tener *en común*.

Hojas informativas de la Escuela de Jardinería Prof. Julio Muñoz
Intendencia de Montevideo. Departamento de Cultura. División Artes y Ciencias
Coordinación de Museos, Salas de Exposición y Espacios de Divulgación
Montevideo, febrero de 2020



ESCUELA DE JARDINERÍA PROF. JULIO MUÑOZ